

—Es verdad. Pero ¿qué interés puede ver el otro en que se le separe de su esposa?

—Porque es justamente la legalidad del matrimonio lo que le impide amar a Iluska, y amará de nuevo a ésta, anulado que sea aquél.

—El excitante de la ilegalidad. ¡Qué curioso! Entre todos los estímulos del amor, no había descubierto nunca éste.

Un estudioso que preparaba su tesis «sobre la influencia de las fases lunares en la reproducción de la cola de los lagartos» martilleó el pupitre con las uñas. Y el profesor Manso Birri bajó nuevamente la voz.

—Pero ¿no hay riesgo entonces de que, logrado el divorcio, ame otra vez a la señorita Iluska?

—Después de tres meses de estancia en el extranjero, durante los cuales no se encontrarán más que una vez ante el abogado y otra ante el tribunal, no sentirán el uno por el otro más que indiferencia.

—¿Ella cree que los dos van a verse más a menudo?

—No lo sé.

—¿Y menos a menudo?

—Tampoco lo sé.

—¿Y en privado?

—Conozco a mi hija.

Méltta, a la idea de ir en el *Orient Express* saltó como una niña. A la vuelta de la montaña, cuando el inefable don Cecilio Cacao, masticador de uñas y de virtudes, había desencadenado la tragedia, ella quiso de nuevo partir para el extranjero, reemprender la vida errante de los últimos años. Pero el señor Virgili, irreductible en su imposición, habíale respondido simplemente:

—No te irás.

Un padre distinto le hubiese dicho.

—No te irás, para no causarle a tu padre un dolor muy grande.

El, por el contrario, sin levantar la vista de un telegrama lleno de números, expuso con la mayor naturalidad:

—No te irás, porque no te daré ni un solo céntimo.

Ahora, por fin, partiría hacia otros países, donde se habla otro idioma, y donde la gente de raza distinta da la efímera ilusión de la novedad.

10

Una hora antes de la partida, la tía se dirigió a la estación para coger un sitio; pero con sus enormes caderas cogió dos.

Iluska y Donatella llegaron precedidas de una gran maleta, mientras daban las primeras campanadas, y la tía pronunció la única frase que dicen las tías cuando se han adelantado a coger sitio en un vagón:

—Temí que no llegáseis a tiempo.

En el compartimiento de al lado, Mauro Mauri sacaba monótonos arpegios de la goma del sombrero.

Cuando ya estuvieron cerradas las portezuelas, creando entre los que se quedan y los que parten ese estado de ánimo atontado y sonriente de los que no saben qué decirse, un hombre negro y veloz como

un escarabajo perseguido corrió a lo largo del tren, echándose en brazos de la tía.

—Mira qué lindas flores te ha traído el profesor—aduló la opulenta tía, endosando el ramo de claveles de las manos del orientalista, a los guantes immaculados de Iluska.

—No quería que partiese usted sin mi homenaje.

Iluska hizo la más guiñolesca de sus reverencias, y el tren partió.

—¡Qué escribas!—gimió la tía.

—¡Que telegrafíes!—lloró Donatella.

—¡Todos los días!—perfeccionó el profesor. *Nulle dies sine linea* (1).

Y probablemente explicó también el significado de dicho latinajo, pero el ruido del tren apagó su voz. Las dos mujeres agitaron los pañuelos, y el profesor se alejó de allí, visiblemente conmovido. Mélitta vió solamente un hombre negro, un poco encorvado, dirigiéndose a la puerta, con un pedazo de cinta blanca que le salía por abajo, bailándole sobre el talón del zapato de becerro.

Cogida inopinadamente por dos manos, Mélitta echó atrás la cabeza, ofreciendo la garganta desnuda, blanquísima entre los pelos de castor, a los labios de Mauro.

Entre tanto la tía, Donatella y el profesor compadecían a la pobre Iluska, tan desgraciada al tener que partir en compañía de aquel monstruo; la infeliz Iluska que, antes de ver realizado su sueño de amor con Manso Birri, el insigne orientalista, tenía que romper, con el divorcio, la pesada cadena.

—¡Qué viaje más espantoso para Iluska!—lloró Donatella.

—Tres meses de martirio—dramatizó la tía.

El tren corría por la campiña invernal.

(1) Ni un solo día sin una línea.

—Adoro la nieve—sonreía Mélitta, contemplando los campos velados.—Esa zorrilla de primavera no la puedo sufrir.

—Será un viaje dulcísimo.

—Nuestro verdadero viaje de amor.

—Tres meses de amor, Mélitta.

De un hombre galoneado que invitaba al coche-restorán, tomó dos billetes.

—Seis y siete, trece: trae suerte.

Mélitta tiró los claveles del profesor, y en el acto, un soplo de aire frío que entró por la ventanilla, le revolvió los dorados cabellos, dejando flotante un delicado perfume de juventud.

En casa de Iluska renació la tranquilidad. Donatella pintó nuevas marinas con la coma blanca de siempre sobre el horizonte, imitando una vela, mientras se determinaba por una u otra orden monástica, para casarse con el Señor después del fracaso de su casamiento con don Cecilio.

La tía olvidó las gafas entre las páginas de las «Mil recetas», y se cuidó del correo de Iluska, movilizándolo a las hermanas de los más diversos conventos, para la preparación de camisas de noche y de día, para el bordado de calzoncillos con gomas ecuatoriales, y para el cosido de las sábanas entre las cuales el ilustre orientalista tenía que aportar su modesta contribución a la conservación de la especie.

Intermediarios y agencias se encargaban de la busca de un nido: cartas, golpes de teléfono, proposiciones, contraofertas... ¡Cuánta maniobra para juntar legalmente dos ombligos de sexo distinto! Querían una casa austera, silenciosa, más bien antigua, porque el profesor detestaba las construcciones modernas, donde todos los ruidos del vecino se oyen en tu cuarto, y donde no puedes estornudar sin que el pianista del piso de encima interrumpa sus felinos ejercicios de independencia y velocidad, diciéndote: «¡salud!»

Después de largas y pacienzudas investigaciones, se encontró un alojamiento un poco oscuro, más bien taciturno, en una casa vieja, que a pesar del mobiliario de buen gusto, daba la impresión de estar allí muy mal.

—¡Qué sorpresa será para Iluska—regocijábese la tía—bajar del tren y dirigirse sin más a su casa!

El profesor sonreía bajo los truculentos bigotes merovingios.

Todas las noches se dirigía a casa de Virgili para leer las cartas de Iluska, admirar con los anteojos a caballo sobre la punta de su cartilago nasal las tarjetas postales, y cambiar alguna idea sobre por menores del alojamiento.

—Lo que yo no he podido explicarme—dijo una noche el profesor—es la actitud del esposo después de la ceremonia nupcial. Un abandono tan inopinado y tan definitivo.

—¡Ul loco!—abrevió la tía.

—Pero ¿había querido él ese matrimonio?

—Claro que sí. De rodillas pidió la mano de Iluska.

—¡Es extraño!—meditó el profesor, sacudiéndose los bigotes.—Se ha hablado mucho de abandonos un minuto antes de la ceremonia, pero no de un minuto después. O bien, en noches sucesivas a las de la boda, por no haber hallado el marido pura a la esposa. ¡Pero inmediatamente después de la ceremonia, no!

La honestísima tía le convenció, aunque no hacía falta, de que Iluska era pura como el agua de lluvia; y que si no lo hubiese sido, ni remotamente se la hubieran ofrecido a él. Por lo demás, él mismo, testigo de la boda, había visto cómo entre los esposos no hubo siquiera el efímero contacto de un beso.

Iluska no había prometido casarse con el profesor, pero el padre, fiando en la política del hecho consumado, estaba seguro de que, ante el equi-

po dispuesto, la casa preparada y la noticia oficial, no se atrevería a decir que no.

Pasó el invierno. Las cartas de Iluska anunciaban, inminente, el divorcio.

—¡Llega mañana por la noche! — saltó Donatella.

—Después de cuatro meses y medio de residencia en el extranjero—gimió la tía—en contacto con aquel nefasto individuo, qué ganas tendrá de verse libre al fin.

—Ha sido un verdadero viaje de liberación.

—Será feliz pensando que no volverá a ver más a ese hombre.

Entre tanto, en un coche-cama del expreso de Oriente, y en viaje de vuelta, los dos amantes se estrechaban fuertemente en un desesperado abrazo, como se estrechan las parejas de suicidas en el acto de lanzarse enlazados a los abismos misteriosos de la muerte.

El monótono paisaje primaveral se desenrollaba ante las cortinas violeta de la ventanilla, acelerando el ritmo de su reevocación: el café de orquestas mordaces y tumultuosas, como bebidas difíciles; teatros luminosos; calles desordenadas, hoteles donde se danza y se engaña, imponentes y fastuosos, como corresponde a los cuarteles generales del adulterio y de la galantería. Volvíanles a la memoria—abrazados en aquella fugitiva celda de pana—todos los lugares en donde se había representado su amor: dramas declamados por bellas actrices, que a pesar de todo los dejaban indiferentes, porque su amor constituía todo su mundo. ¡Cuántas veces los espectadores; de al lado les habían dicho ásperamente que callasen, mientras ellos, olvidándose del lugar donde estaban, se dirigían palabras llenas de ternura! Y ¡cuántas veces, a mitad de espectáculo, habían abandonado la sala de repente, para sumergirse en la oscuridad de las calles desiertas, para sentirse más juntos, para estar más solos!

—¡Cuatro meses de ensueño!—añoraba Méltita, acurrucada junto a él, mirando con distraídos ojos la fuga de los árboles floridos. — ¡Cuatro meses de amor!

Y apoyó la frente contra su mejilla. El amor moría con el florecer de los almendros y de los melocotoneros.

Mauro le acariciaba los cabellos, y la besaba en la boca, perfumada de frutos.

—Ahora podré morir sin pena—decía ella—porque he probado todo lo que la vida puede dar. En estos cuatro meses de amor he vivido como en cuarenta años, porque fueron como una condensación de dulzura. ¡Morir! Se me figura ir al encuentro de la muerte.

Mauro le cerró la boca.

—Y sé, tú, Mauro, quien lo vea. Ahora que somos libres, que estamos divorciados, ahora que el fantasma del «recato matrimonial» no existe ya separándonos, ¿por qué no nos unimos para siempre? Tú necesitas libertad, ilegalidad, rebelión, ir contra la corriente. Para amarme es preciso que yo no te pertenezca por derecho. Pues bien, ahora estamos de nuevo en un plano irregular. Riámonos de todos y de todo a la vez. ¿Quieres que nos unamos como amantes?

El sacudió la cabeza.

—Cada día me has hecho la misma pregunta y cada día te he contestado con las mismas palabras. Felices como en los últimos tiempos no podremos ya serlo. Yo sería un mal marido. Mis antepasados me han transmitido una triste herencia: la locura y el suicidio: solamente mis pocos parientes que han llevado una vida quieta, serena, sin contrastes y sin luchas salieron indemnes. Pero los demás... Mi abuelo se suicidó de un pistoletazo en un acceso de neurastenia; mi tío se ahorcó en un asilo después de haber padecido años enteros una psicosis. De algún tiempo a esta parte noto en mi cabeza como

una disgregación: no he podido estar tranquilo como aconsejan los médicos; los médicos prescriben la tranquilidad, el reposo y el bienestar, como si cada hombre pudiera beber todo eso en la primera fuente; el otoño pasado, por la época de nuestro matrimonio, me sorprendieron cometiendo extravagancias, diciendo cosas insensatas. Por mucha felicidad que me ofreciesen en nuestra vida futura, no podría desclavarme la idea fija de la felicidad pasada: vería siempre estos cuatro meses a la orilla del Danubio, que ya no volverán, y nuestro otoño en Turín antes de la catástrofe; nuestras jornadas en la alta montaña, que ya no podrán repetirse, en aquel silencio donde no oía otra voz que tu voz.

—¡Muchacho!

—¿Muchacho yo? Existen niños que no han reído nunca, y hombres que nunca fueron niños. Yo soy de esos. Resignémonos, Méltita, al limitado tesoro de nuestra dulzura. ¡Acaso, como tú dices, en cuatro meses hayamos condensado toda una vida!

Callaron. Y evocaron el Danubio verde, sobre el cual corrían grandes planchas de hielo; el revuelto Danubio de la antigua leyenda por entre los palacios modernos de la metrópoli gris; su llegada, un atardecer de invierno, a la capital desconocida; el ómnibus que los lleva al hotel, abriéndose camino con dificultad por la infinita nieve azul, dorada a intervalos por grandes faroles, encendidos mucho antes del crepúsculo; a sus ojos cansados de tres días de viaje, el desfile de escaparates aparecía como un mundo fantástico, compuesto de la flora y la fauna de los nacimientos, de bufos fantoches (juguetes para niños), de bonitas telas, ricos abrigos, joyas hipnotizantes (juguetes para mujeres), y de señoras elegantes, presurosas de tienda en tienda, hermosas señoras (juguetes para hombres), como lo son todas las señoras que vemos al entrar en una ciudad desconocida.

Méltta, muy pegada a él, le pasó una mano por bajo el chaleco y le buscó el corazón.

Callaban, pero sus ojos cerrados veían el tibio cuarto del hotel, instalado en el último piso, desde donde los transeuntes y los vehículos parecían pequeños y lentos, como los actores y las actrices del Teatro de las pulgas. Los trineos ligeros tirados por caballos ponían una nota noruega en las blancas calles blanqueadas de cafés llenos de luz, cada uno de los cuales dejaba filtrarse a través de la puerta giratoria un ruido propio: escoceses de las rodillas desnudas cantando el *Tipperary* (1); un cosaco dando infinitas vueltas sobre un balanceo de tambores, con gran agitación de carucherías torácicas; una andaluza que bailaba con un clavel entre los dientes al són del último fandango español de un compositor húngaro.

En las raras paradas del directo, los dos amantes se repetían con angustia el nombre anunciado a lo largo del tren, y cerraban los ojos, estrechándose más apasionadamente.

Corrían hacia el cielo azul de Italia; la colina turinesca debía de ser toda ella como una música de tenues flores rosadas, como esas estancias que ciertos suicidas llenan de flores, para bajar soñando a los profundos jardines de la muerte.

—¿Sufres, Méltta?

—Mira cómo arden mis manos. Tengo aquí, en el cerebro, tantos pensamientos confusos, ideas revueltas, recuerdos desordenados... Me siento como hace quince días cuando el cirujano me durmió con el éter; aquel querido doctor Wolf, que reía con todos sus dientes blindados de oro.

Se agolparon en su memoria los hechos salientes y los pormenores insignificantes de su estación de amor. Las largas noches llenas de espasmo; el despertar a la mañana siguiente, muy avanzado el

(1) Himno nacional inglés.

día; la adustez del mayordomo, del tipo de los feld-mariscales, que se enfadaba al verlos bajar al comedor a las tres de la tarde o a las diez de la noche, con aquella inconsciencia juvenil que provenía de sus relojes parados: para ellos el tiempo no estaba medido por las horas, ni dividido en días y noches, sino que se desenvolvía al ritmo febril de su pasión, dividiéndose en ímpetus de sensualidad, pausas de reposo y claras zonas de ternura; se amaban cuando los otros se sentaban a la mesa; dormíanse cuando los demás se iban de paseo; a menudo se hacían servir el almuerzo en la cama, y cuando la camarera anunciaba «son las ocho», tenía que añadir si de la mañana o de la tarde.

El punto de contacto de sus bocas era el centro de gravedad de todo el universo: un universo sin leyes, sin control, sin parientes. Había vuelto a ellos la serenidad gozada en la alta montaña, cuando no pensaban en el porvenir, cuando ningún hombre de abdomen tricolor les había ordenado a ella *seguirle* a él y a él *protegerla* a ella, *tenerla junto a sí* y *suministrarle* lo que prescribe el artículo 132 del Código civil. Desde el día en que una fuerza extraña a su amor les había obligado a abrazarse delante de la ley, la repulsión los había separado; y en cuanto otros se habían metido a desunirlos, su amor había resucitado, y el viaje de divorcio se había transformado en un viaje de bodas. Jamás hubo luna de miel tan apasionada como aquel dulcísimo viaje hecho para desatar un nudo.

Se besaban en el café, en la plaza, en el vestíbulo del hotel.

—Nos han visto.

—¿Quién? No hay nadie.

—Tienes razón. Estamos solos.

Sorprendidos besándose en una catedral, en medio de una humareda de incienso, fueron expulsados por el enfado lleno de consonantes aspiradas de un guar-